

NEW LEFT REVIEW 126

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2021

ARTÍCULOS

MIKE DAVIS	Guerra de trincheras	7
DYLAN RILEY	Líneas de fractura	39
JEREMY ADELMAN	¿El fin del paisaje?	57
MICHAEL MAAR	Por sus epítetos los conoceréis	75
TOR KREVER	En el zarzal	83
DAVID HARVEY	Valor en movimiento	105

CRÍTICA

SUSAN WATKINS	La derecha fracturada	126
TOM MERTENS	¿El pueblo elige?	134
AGNÈS MAILLOT	Cuestiones irlandesas	143

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

DAVID HARVEY

VALOR EN MOVIMIENTO

LA PANDEMIA DE la COVID-19 ha sumido al mundo en la peor crisis económica de la historia del capital. Cuarenta millones de personas perdieron su empleo de la noche a la mañana en Estados Unidos; su PIB, en su punto más bajo, se redujo el 32 por 100 en comparación con 2019. Sectores enteros de la economía mundial resultaron diezmados, desde aeropuertos y aerolíneas a los taxis, la «hostelería» y el sector del entretenimiento. Países que aún tenían un cierto grado de soberanía monetaria, en particular Estados Unidos, contrajeron enormes deudas financiadas en gran parte mediante la impresión a un ritmo frenético de su propio dinero. El resto de los países del mundo, desde Brasil hasta Turquía y Nigeria, tuvieron que endeudarse hasta el límite de sus posibilidades en dólares estadounidenses. Los acreedores privados han redobaldo sus esfuerzos para incrementar por todos los medios posibles el pago de intereses¹. La demanda se desplomó al derrumbarse los ingresos por los cierres de empresas, mientras las cadenas globales de suministros se interrumpieron instantáneamente, ilustrando a la inversa la facilidad con la que el virus se había globalizado.

Los escasos aspectos positivos presentes en esta situación fueron en su mayoría de corta duración. El extractivismo sufrió un retroceso, por ejemplo al detenerse el *fracking* en la cuenca pérmica del oeste de Texas. Las emisiones de gases de efecto invernadero disminuyeron y la calidad

¹ Primera prueba: en lo que atañe a la deuda argentina, que desde 2001 ha suspendido pagos en nueve ocasiones, ahora parece que los acreedores están dispuestos a aceptar el reembolso de la misma percibiendo 55 centavos por dólar a partir de 2020.

del aire mejoró: vuelve a ser posible respirar en Delhi y Wuhan. Las formas más destructivas del turismo desaparecieron, pero también lo hicieron los ingresos que estas generaban. El valor social de toda una clase de trabajadores encargados de proporcionar la fuerza de trabajo destinada a mantener en funcionamiento los servicios mínimos pasó a primer plano sin que ello trajera aparejada mejora alguna en su salario o en sus condiciones de trabajo. Entretanto, multimillonarios y grandes empresas se enriquecieron con la inyección desbordante de dinero público teóricamente proporcionado para sostener el conjunto de la economía. Los mercados de valores estadounidenses también florecieron como consecuencia del artificio de las políticas de la Reserva Federal para mantener feliz a la clase inversora hasta que pudieran encontrarse soluciones más duraderas.

¿Qué podrían suponer estos cambios a más largo plazo? Mientras desde el bloque dominante comienza a reconocerse que, desde su propio punto de vista, se requieren medidas urgentes, están notoriamente ausentes las perspectivas críticas sobre lo que sería necesario para ir más allá de la forma actual de capitalismo. El descontento que alimentó las grandes protestas acaecidas antes de la pandemia, desde Santiago de Chile a Beirut, de Bagdad a Teherán y de París a Quito, Jartum e innumerables otros lugares, no ha hecho más que agudizarse desde entonces. Comprender lo que yace bajo estas frustraciones masivas puede ofrecernos pistas sobre dónde deberían concentrarse con mayor eficacia las energías críticas.

Leyes de movimiento

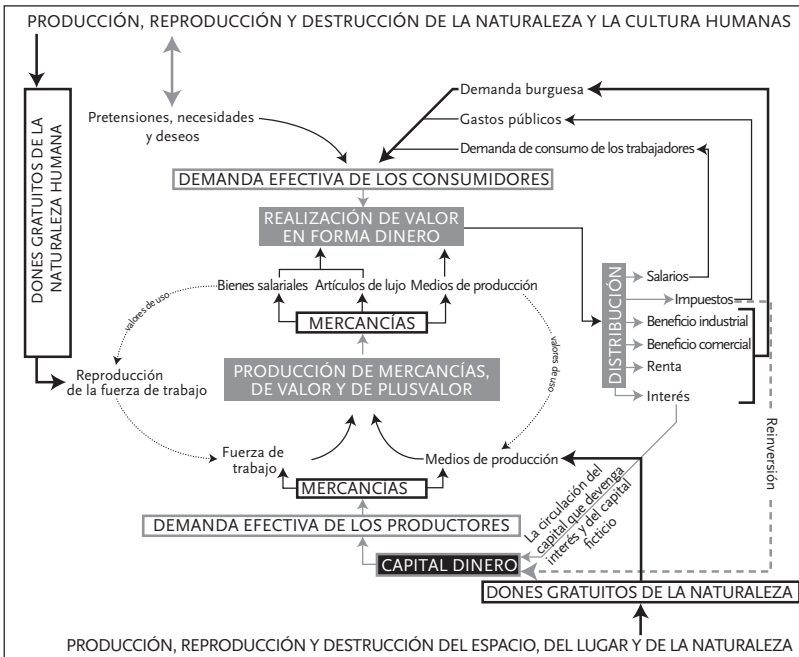
En cierta medida este descontento hunde sus raíces en los regímenes neoliberales vigentes durante los últimos cuarenta años. Bajo el neoliberalismo, el objetivo del Estado es apoyar el crecimiento y la rentabilidad del capitalismo de las grandes empresas y garantizar la prosperidad de los tenedores de bonos, prodigando todo tipo de favores al 0,1 por 100 más privilegiado. Después de cuarenta años de política de austeridad, el movimiento obrero y sus instituciones han perdido poder, los servicios públicos han sido desguazados o privatizados y cientos de millones de personas se han visto empujadas a desempeñar empleos precarios retribuidos con bajos salarios o a aceptar la servidumbre por deudas para sobrevivir, mientras que los monopolios capitalistas de la energía, la industria farmacéutica, las comunicaciones, las finanzas y la educación han podido moverse a sus anchas sin conocer bridas ni trabas de ningún tipo. Cuando

golpeó el virus, la gran mayoría de la ciudadanía se hallaba en una situación de indefensión y los Estados no fueron capaces de articular una respuesta coherente. Las instituciones internacionales establecidas desde 1945 no proporcionaron protecciones elementales y mucho menos soluciones. La inoperancia más absoluta con respecto del cambio climático ya había demostrado la innanidad de esa estrategia política.

Una segunda fuente de descontento es el fracaso del modelo económico dominante, que supuestamente debería retribuirnos con una remuneración razonable a cambio de ponernos a trabajar de modo que fuéramos capaces de poner comida en nuestras mesas, camisas sobre nuestras espaldas, zapatos en nuestros pies, teléfonos en nuestras manos y techos sobre nuestras cabezas. A este respecto necesitamos comprender cómo funciona la circulación y la acumulación del capital a escala global y hasta qué punto podría ser deficiente a la hora de proveer la satisfacción de los deseos y las necesidades humanas. El capital se define como valor en movimiento, lo que inmediatamente plantea la pregunta, ¿hacia dónde se mueve? La figura 1 ofrece una representación formal de las vías de circulación del capital, tal como las trazó Marx². Los dones gratuitos de la naturaleza física y humana proporcionan dos tipos de mercancías: los medios de producción y la fuerza de trabajo. Combinados ambos, producen mercancías cuyo valor se realiza en forma de dinero gracias a la demanda efectiva del consumidor, la cual es impulsada por las pretensiones, necesidades y deseos humanos o por el gasto efectuado por el Estado y las empresas capitalistas.

En un principio, el capital aparece como dinero. El capitalista lo gasta para comprar mercancías de valor equivalente: fuerza de trabajo, maquinaria, productos semiterminados, energía y materias primas. En este segundo «momento» localizado en el proceso de circulación, el valor reside (al igual que el capital) en estas diversas mercancías a la espera de ser incorporado a la producción. En el siguiente «momento», los trabajadores utilizan su fuerza de trabajo, bajo la dirección del capitalista, a fin de reconfigurar las materias primas y los productos semiterminados para elaborar una nueva mercancía. Este proceso de trabajo conserva y transfiere los valores preexistentes, de la fuerza de trabajo y de los medios de producción, a la nueva mercancía y le añade un plusvalor. El valor es, pues, una relación social, que opera como un «hilo invisible» dentro de la circulación de capital, que adquiere diferentes formas materiales a medida que circula.

² Para una descripción detallada, véase David Harvey, *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*, Londres, 2019; ed. cast.: *Marx, el capital y la locura de la razón económica*, Madrid, 2019.

FIGURA I: *Vías de la acumulación de capital*

El valor se define inicialmente como el «tiempo de trabajo –pasado y presente– socialmente necesario» para producir estas nuevas mercancías. El plusvalor surge porque la fuerza de trabajo empleada incorpora más valor a la mercancía del que se requiere para pagar su valor, que viene fijado por el valor de las mercancías necesarias para reproducir al trabajador/trabajadora con un nivel de vida determinado. La nueva mercancía se vende luego en el mercado, una operación que transforma de nuevo el valor en la forma dinero. Pero ahora hay más dinero que al principio. «Beneficio» es el nombre monetario y la representación material del plusvalor. Los capitalistas intentan normalmente maximizar su beneficio, ya sea aumentando la tasa de explotación de la fuerza de trabajo o contratando más trabajadores para aumentar la producción. El valor total realizado en la forma dinero se distribuye a continuación entre las diversas partes que tienen derechos sobre él: a los trabajadores en forma de salario, a los productores industriales como beneficios, a los comerciantes capitalistas como recompensa monetaria por facilitar las ventas, a los banqueros como intereses sobre sus préstamos, a los propietarios inmobiliarios como renta y al Estado como impuestos. Los capitalistas, impulsados por la competencia, reinvierten para obtener más beneficio y así el proceso comienza de nuevo.

La producción repetida de plusvalor crea, sin embargo, una acumulación neta de valores en forma de crecimiento compuesto. La reproducción del capital se convierte en una espiral sin fin de acumulación infinitamente expansiva en el espacio y en el tiempo.

Aquí encontramos una característica preocupante del modelo económico dominante: su forma espiral de crecimiento compuesto infinito. El poder del interés compuesto es tan impresionante como necesario para facilitar la reproducción del capital. Sin embargo, eso no significa que esté asegurado. Marx se burló de las famosas extrapolaciones de Malthus con respecto del crecimiento exponencial de la población y observó divertidamente las de un tal Richard Price, quien en 1772 escribió un tratado sobre las consecuencias del interés compuesto:

El dinero devengado en condiciones de interés compuesto aumenta al principio lentamente, pero el ritmo de crecimiento se acelera continuamente y con el paso del tiempo es tan rápido que se burla de todos los poderes de la imaginación. Un penique, puesto en la fecha de nacimiento de nuestro Salvador al 5 por 100 de interés compuesto, habría aumentado hasta alcanzar en la actualidad un valor mayor que el de ciento cincuenta millones de planetas como la tierra, todos ellos de oro. Pero si se coloca a un interés simple, en el mismo periodo no habría aumentado nada más que hasta siete chelines y cuatro peniques y medio³.

Marx colegía que las estructuras y contradicciones internas del modo de producción capitalista pondrían un freno inmediato a cualquier tendencia al crecimiento exponencial. Insistía en que el empobrecimiento de las masas era un producto del capital más que de la naturaleza (humana), lo cual no le impedía aceptar que el crecimiento de la población era una precondition necesaria para la perpetuación de la acumulación «sin límite» de capital. También reconoció que la sed de plusvalor significaba que «cada límite aparece como una barrera que debe superarse»: el ilimitado e ilimitable carácter del valor y su expresión monetaria tratan perpetuamente de eludir o trascender cualquier cosa que pudiera obstruir el camino de su mayor expansión⁴.

Mientras el dinero mundial estuvo ligado, aunque fuera de manera flexible, al suministro global de oro, se mantuvo un control material

³ Karl Marx, *Grundrisse*, Harmondsworth, Penguin Books/New Left Review, 1973, p. 842; ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1971, vol. 2, p. 410; ed. orig.: *Marx-Engels Werke*, Berlín, Dietz Verlag, 1983, Band 42, p. 731.

⁴ *Ibid.*, pp. 400-411; ed. cast.: *ibid.*, vol. 1, pp. 353-362; ed. orig.: *ibid.*, pp. 315-324.

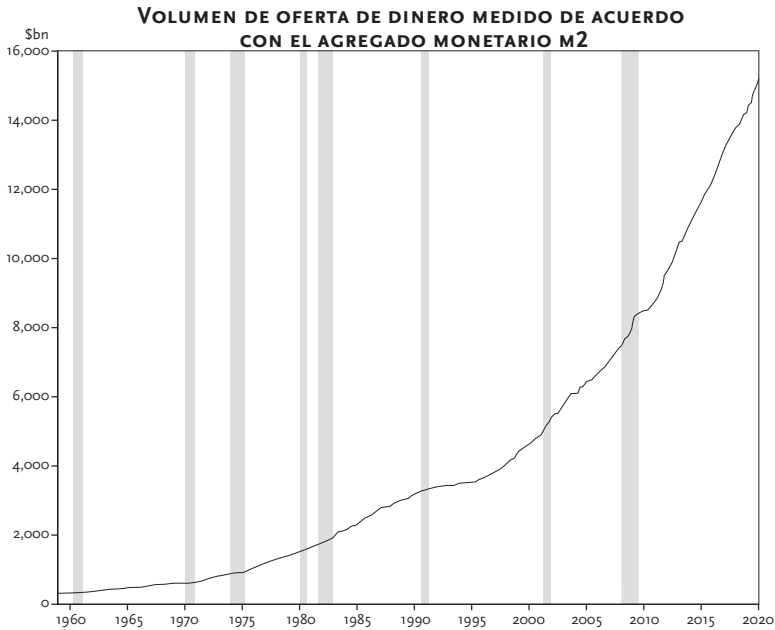
y físico sobre el crecimiento monetario compuesto. Pero desde que se abandonó el patrón oro el 15 de agosto de 1971, se ha verificado un crecimiento exponencial del dinero mundial (véase la figura 2), compensado por el crecimiento exponencial del endeudamiento global. Ahora bien, todo ese dinero y este crédito tiene que ir a alguna parte y debe desplegarse para hacer algo. Así la forma espiral se apodera de las tierras, el agua y la atmósfera del planeta y amplía continuamente sus usos; e idénticamente se apodera de la producción, el consumo, la distribución, la reinversión, los activos y las finanzas en todos los rincones del mundo.

El impacto ha sido espectacular. En 1950 el PIB anual global total era de alrededor de 4 billones de dólares. En 2000 se había decuplicado llegando a los 40 billones de dólares y en 2020 se sitúa cerca de los 80 billones de dólares (en dólares constantes de 1990), duplicándose de hecho cada veinticinco años. Durante el próximo cuarto de siglo, el sistema capitalista tendrá que encontrar formas rentables de producir y reproducir bienes y servicios por un valor monetario de 160 billones de dólares. En 2100 deberá absorber 640 billones de dólares. Las consecuencias son abrumadoras. La espiral del consumo de plástico –que comenzó en 1950 y se ha expandido a una tasa compuesta anual de alrededor del 7 por 100– no sólo deposita enormes cantidades de basura en las áreas terrestres y en los océanos, sino que amenaza con envolver el planeta en una película de partículas microplásticas con consecuencias desconocidas para la salud planetaria. Las emisiones de gases de efecto invernadero y la contaminación del aire aumentarán proporcionalmente si el capital trata de satisfacer los objetivos de crecimiento duplicando el número de automóviles y de vuelos de aerolíneas durante los próximos veinticinco años.

La expansión exponencial del capital reconfigura la calidad de la vida diaria a medida que la inversión fluye hacia canales que culminan en un consumo instantáneo a corto plazo. La crítica profética de Guy Debord de la «sociedad del espectáculo» efectuada en 1967 apenas predecía lo lejos y lo rápido que esto iría. El turismo internacional –una forma de consumo instantáneo– casi se ha duplicado durante la última década, pasando de ochocientos a mil cuatrocientos millones de viajes, con las consiguientes consecuencias de ello para las infraestructuras, los cruceros y los vuelos aéreos. La economía de Netflix, las industrias culturales y las redes sociales propagan formas colectivas de consumo

masivo instantáneo, mientras que las noticias y la política cotidianas se convierten en un espectáculo perpetuo. Formas «experienciales» de consumismo han atraído enormes inversiones. Si el capital volviera a hacer solo cosas, dejaría de funcionar. La interrupción por la COVID-19 del sector turístico y del sector del entretenimiento –restaurantes, festivales, deportes y espectáculos culturales, convenciones– ha agravado drásticamente la actual crisis de acumulación global de capital. Los sectores que lideraron la canalización del síndrome del crecimiento y la absorción del capital excedente tras la crisis de 2008 se han detenido estremecedoramente. En Estados Unidos quince millones de empleados del sector de la restauración se han quedado sin trabajo. Las economías de ciudades como Barcelona, Venecia e incluso Nueva York, París y Londres se han hecho añicos. ¿Radica la única respuesta a esta situación en el renacimiento forzado del turismo global y de las cadenas de hamburgueserías servidas por fuerza de trabajo retribuida con bajos salarios? Ello es lo que el capital financiero internacional y sus políticos intentarán casi con seguridad.

FIGURA 2: *Crecimiento del dinero mundial*



Fuente: Board of Governors of the Federal Reserve System (US)

Pensamiento sistémico

¿Cómo deberíamos conceptualizar las relaciones implicadas en la expansión exponencial del capital? En el pensamiento de Marx, lo que importa es la totalidad: el carácter fluido y continuo de la circulación del valor más que los momentos de transición registrados en el flujo. Sin embargo, desde el siglo XVII la ciencia occidental ha tendido a pensar en términos de entidades independientes –átomos, moléculas, organismos– dotadas de ciertos poderes, que se entrecruzan con otras entidades para dar lugar a procesos físicos y materiales. Basta con que esas interacciones sean ocasionales, episódicas y quizá discontinuas. Del mismo modo, los seres humanos son imaginados como personas individuales, entidades dotadas de conciencia y (libre) albedrío, que actúan en el mundo y generan ciertos procesos –la circulación de capital, la lucha por la existencia o la búsqueda del amor–, impulsadas por la búsqueda racional de sus intereses individuales. A efectos de la administración estatal, las personas aparecen como «cosas» con atributos medibles.

En realidad, no obstante, no podemos entendernos a nosotros mismos fuera de los procesos e interrelaciones en las que vivimos como seres vivos que respiran, piensan y actúan. Las personas se mueren de hambre, no porque estén intrínsecamente dispuestas de esa manera, sino porque no les alcanza el flujo de alimentos disponibles. Los ricos se hacen ricos debido a su posición relativa en los procesos de intercambio mercantiles. Rousseau concebía a los individuos como «nobles salvajes» por su nacimiento, dotados de ciertos derechos «naturales» inalienables, que colectivamente formaban algo llamado sociedad. Para Rousseau, de eso trataba el «contrato social» original. Para Marx, en cambio, la humanidad comenzaba como una colectividad. La posibilidad de individualidad dependía de las prácticas en expansión del intercambio mercantil, de la monetización y de los derechos de propiedad privada surgidos en Europa occidental desde el periodo feudal en adelante, lo cual producía un contexto en el que podían arraigar las ideas del individualismo. La teoría liberal, argumentaba Marx en los *Grundrisse*, no es una construcción idealista caída del cielo, sino que se basa históricamente en «la abstracción concreta» implicada en los actos de intercambio mercantil⁵.

⁵ *Ibid.*, pp. 244-245; ed. cast.: *ibid.*, vol. I, pp. 187-189; ed. orig.: *ibid.*, pp. 174-175.

Contrariamente a lo que se suele creer, Marx valoraba en alto grado la libertad individual. El problema, tal como él lo veía, era que la teoría liberal pretendía que la libertad era un atributo natural que debía ser protegido, por ejemplo, de las intrusiones del poder estatal. La incógnita para él era de qué forma el mundo que los teóricos liberales concebían, construido sobre tales virtudes naturales, podría acabar produciendo la esclavitud asalariada, aumentando las desigualdades sociales, el consumismo sin sentido para los ricos y la servidumbre por deudas para las masas. Los teóricos liberales eludían una contradicción obvia: si todos tenían el derecho de propiedad sobre lo que creaban al combinar su trabajo con la naturaleza, ¿por qué los trabajadores estaban tan empobrecidos y privados de propiedad cuando entraban a trabajar al servicio del capital? Ésta era la pregunta que tanto desazonaba a los socialistas ricardianos de la época de Marx. Haría falta en cambio, insistía Marx, un esfuerzo colectivo masivo para crear un mundo en el que la libertad individual —entendida como tiempo libre disponible para todos— pudiera ser materialmente alcanzable.

En el mundo de Marx, la misma «cosa» se vuelve diferente cuando se inserta en diferentes procesos. Si vemos a alguien cavando una zanja, podemos describir esa acción física con todo lujo de detalles, pero su significado no puede determinarse a partir de la propia acción. Variará, dependiendo de si el cavador es un trabajador asalariado explotado por el capital, un siervo obligado por un señor, un miembro de un colectivo convocado para ayudar en un proyecto comunal o un aristócrata excéntrico que se mantiene en forma cavando zanjas para luego rellenarlas de nuevo sólo por diversión. El significado del hecho de cavar una zanja depende de las relaciones sociales en las que este se inserta. Lo mismo sucede con las categorías económicas. Una carretera forma parte del fondo de consumo de la sociedad cuando se usa para dar paseos, pero pasa a formar parte del capital fijo de producción cuando se utiliza para transportar mercancías desde la fábrica hasta el mercado⁶. Una casa forma parte del fondo de consumo cuando se usa como vivienda, pero forma parte del capital fijo de producción cuando se convierte en un taller de superexplotación. Si el desarrollo económico depende de la creación masiva de infraestructuras de capital fijo, una forma de hacerlo es transferir los usos de cosas existentes del consumo a la producción en lugar de restringir el consumo actual y desviar las capacidades productivas para construir nuevas infraestructuras. Durante la Revolución

⁶ *Ibid.*, pp. 524-531, 724-751; ed. cast.: *ibid.*, vol. 2, pp. 3-12, 254-273; ed. orig.: *ibid.*, pp. 423-430, 622-637.

Industrial, en Gran Bretaña se practicó mucho este tipo de desplazamiento: los datos recogidos desde el siglo XVI en adelante no muestran signos de aumento en la formación de capital fijo, contrariamente a los influyentes argumentos recogidos en *Las etapas del crecimiento económico* de Walt W. Rostow⁷. Uno de los objetivos de las microfinanzas actuales es convertir cada choza campesina en capital fijo, mientras se devalúa el capital fijo inserto en las fábricas de los países capitalistas avanzados, que se convierten en bloques de apartamentos del fondo de consumo.

En la teoría marxista, la cantidad de capital del que dispone una sociedad puede aumentar y disminuir, dependiendo de los usos de las cosas: carreteras, casas, máquinas de coser. Pero en la teoría económica burguesa, el capital se interpreta como una cosa medible y definible, un «factor de producción» claro y definible que existe sea cual sea el proceso. Junto con los otros factores clave de la producción –tierra y trabajo– el capital puede insertarse en la actividad productiva para crear un objeto útil, cuyo valor se establecerá en el mercado según las leyes de la oferta y la demanda. El precio de oferta de las mercancías se establece a partir de las utilidades marginales de los tres factores primarios de la producción, interpretados como un conjunto de cosas, mientras que el precio de demanda depende de la utilidad para los consumidores de la mercancía, entendida igualmente como una «cosa». Es la ley de la actividad de la oferta y la demanda vigente en el mercado para llegar a un precio de equilibrio la que da la medida del valor en la teoría burguesa. En esta formulación, el mundo de las cosas tiene prioridad sobre los procesos. El capitalismo se interpreta como la reunión de cosas preexistentes –los factores de producción– en un tipo particular de proceso social como el descrito en una sociedad de libre mercado.

Valor y precio

Este marco teórico contrasta radicalmente con el planteamiento basado en procesos de Marx y en su comprensión histórica y socialmente contingente. Ambos modos de pensamiento tienen sus ventajas y desventajas. El problema central del planteamiento marxista radica en la

⁷ Las pruebas sobre la formación de capital fijo pueden encontrarse en M. M. Postan y E. E. Rich (eds.), *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. 2: *Trade and Industry in the Middle Ages*, Cambridge, 1952; y en M. M. Postan, *Fact and Relevance: Essays on Historical Method*, Cambridge, 1971. W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Londres, 1960; ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Madrid, 1993.

dificultad de utilizar la teoría del valor para desentrañar las leyes materiales del movimiento del capital y sus consecuencias. El valor es una relación social inmaterial pero objetiva que surge de la monetización de los actos de intercambio⁸. La inmaterialidad no plantea de por sí un problema particular. Después de todo, hay innumerables conceptos clave en el lenguaje común –poder político, nacionalismo, identidad de género–, que denotan relaciones sociales inmateriales imposibles de medir directamente, pero que tienen consecuencias objetivas claras e innegables en la vida cotidiana. Los pensamientos, por ejemplo, son inmateriales pero a menudo acarrear consecuencias materiales. El planteamiento general respecto a tales conceptos inmateriales pero objetivos consiste en desarrollar para ellos indicadores materiales medibles, aunque admitamos que tales índices nunca son idénticos a lo que tratan de representar.

La teoría del valor de Marx, no obstante, ha sido en general muy mal entendida. Muchos economistas, incluidos aquellos de persuasión marxista, la consideran como un intento de fundamentar una teoría de los precios relativos de las mercancías. En ocasiones Marx jugó con esa idea, sugiriendo, por ejemplo, que si un par de zapatos cuesta el doble que una camisa, es porque los zapatos exigen el doble de tiempo de trabajo socialmente necesario. Al desarrollar sus ejemplos numéricos para ilustrar las relaciones, Marx recurrió frecuentemente al valor como *numerario* universal (ficticio) por razones de conveniencia. Los economistas marxistas también han adoptado con frecuencia esa táctica en sus análisis⁹, pero el propio Marx rechazó firmemente la idea de que el valor pudiera utilizarse para explicar los precios relativos. Otros autores han entendido su teoría del valor como una continuación y adaptación de la teoría del valor-trabajo de Ricardo. Aunque este fue ciertamente el punto de partida de Marx, ello no constituyó más que el exordio de su crítica de la economía política clásica, incluida su teoría del valor y no su conclusión final. La teoría del valor de Marx no es una teoría del valor-trabajo, sino en realidad una teoría de los *procesos* mediante los que el capital gobierna las condiciones de vida y trabajo de las clases trabajadoras.

Marx dejó muy claro que la teoría del valor que estaba proponiendo no era universal, sino la que correspondía particularmente a un modo

⁸ K. Marx, *Capital*, vol. 1, Harmondsworth, Penguin Books/New Left Review, 1976, pp. 128-139 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, 2009]; véase también el «Apéndice» en D. Harvey, *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*, cit.

⁹ Ian Steedman (ed.), *The Value Controversy*, Londres, 1981.

de producción capitalista¹⁰. Ser un trabajador productivo –producir valor– bajo el capitalismo, argumentaba, es «una desgracia», porque los trabajadores están destinados a producir plusvalor para los capitalistas y nunca para ellos mismos¹¹. La abolición del capital implica, por lo tanto, la abolición del valor implícito en su circulación. Las condiciones que Engels encontró en las fábricas y en los callejones de Manchester eran intolerables; Marx, habiendo leído los convincentes informes de los inspectores de fábrica y de los funcionarios de salud pública, estaba de acuerdo. Aquel modelo económico tenía que desaparecer y el valor materializado en la circulación del capital tenía que ser abolido. La producción de valor y plusvalor era la fuente de todo lo malo presente en el modelo industrial británico, como sigue siéndolo hoy en las fábricas de los enormes complejos industriales de Bangladesh y China.

El concepto de valor establecido por Marx –que no es una formulación idealista, sino una reconstrucción de cómo el capital asigna realmente valores a procesos y cosas en el curso de su movimiento– demuestra la alienación de todo lo que puede ser positivo en el trabajo humano. Tanto Marx como Engels elogiaron el papel del trabajo en la historia, describiéndolo como potencialmente noble e intrínsecamente creativo: el «fuego que da forma», que da vida al mundo a su alrededor¹². Pero bajo el capital esas cualidades del trabajo se degradan, alienan y son objeto de apropiación. El socialismo apunta en última instancia a la negación de la teoría del valor del capital y a la liberación de las potencialidades del trabajo. La experiencia alienada del trabajador tiene que ser desalienada y trascendida y en toda transición al socialismo tiene que construirse conscientemente, como una de las principales tareas, una teoría del valor específicamente socialista.

Imaginemos un proceso de circulación alternativo regulado por una ley del valor diferente, que asigne tareas laborales a los individuos de una determinada población en función de un criterio igualitario de acuerdo con sus capacidades y dotes, distribuyendo los valores de uso producidos

¹⁰ K. Marx, *Grundrisse*, cit., p. 776; ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. 2, p. 314; ed. orig.: *Marx-Engels Werke*, cit., p. 667.

¹¹ Marx, *Capital*, vol. 1, p. 644; ed. cast.: *El capital*, cit., vol. 1, cap XIV, p. 590; ed. orig.: *Marx-Engels Werke*, cit., Band 23, p. 532: «Produktiver Arbeiter zu sein ist daher kein Glück, sondern ein Pech».

¹² K. Marx, *Grundrisse*, cit., p. 361; ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. 1, pp. 306; ed. orig.: *Marx-Engels Werke*, cit., Band 42, p. 278.

de acuerdo con determinada medida de las necesidades de cada uno¹³. El objetivo de ese proceso sería producir los valores de uso necesarios para proporcionar a todos educación básica, atención médica, vivienda, nutrición y transporte, no como productos para la venta, sino como bienes de libre uso. Al elaborar esa ley alternativa del valor, hay mucho que aprender del estudio de las relaciones metabólicas alternativas y no alienadas con la naturaleza (como proponen algunos ecologistas radicales), así como de los procesos no alienados de reproducción social (del tipo que buscan algunas feministas), mientras se utiliza como inspiración la larga historia de evolución y diversidad cultural de la humanidad.

Equilibrio y crisis

Mientras tanto, los economistas burgueses tienen sus propios problemas en lo que se refiere a la teoría del valor, los cuales se deben en parte a la dificultad de derivar postulados macroeconómicos de las teorías microeconómicas de las empresas y del comportamiento individual. En el campo macroeconómico, el problema crítico es cómo valorar el capital como un factor de producción prístino antes de su inserción e incorporación a los procesos de producción basados en el mercado¹⁴. Cuando el capital se halla en forma monetaria, no hay problema; pero cuando existe como máquinas, edificios, infraestructuras y elementos similares, entonces no hay modo de establecer el valor de ese capital social con independencia del precio de mercado de las mercancías que ayuda a producir. La teoría de que el precio realizado en el mercado es el producto de la unión de los tres factores básicos de la producción –tierra, trabajo y capital– se derrumba. Piero Sraffa, en su famoso librito *La producción de mercancías por medio de mercancías*, demostró irrefutablemente que el valor de lo producido rememora simplemente el valor de los factores empleados según lo determinado por el valor del producto final¹⁵. Toda la teoría macroeconómica neoclásica se basa en una tautología. Frente a esta conclusión aparentemente devastadora, los economistas burgueses optaron colectivamente por olvidarla y prosiguieron sus análisis como si el problema no existiera. Así pues, mientras que en los círculos marxistas

¹³ Me baso aquí en Karl Marx, *Critique of the Gotha Program*, Nueva York, 1971; ed. cast.: *Crítica del programa de Gotha*, Moscú, Editorial Progreso, 1977; en línea: <https://bit.ly/3oG6oOC>.

¹⁴ Eric Maskin y Amartya Sen *et al.*, *The Arrow Impossibility Theorem*, Nueva York, 2014.

¹⁵ Piero Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities*, Cambridge 1960; ed. orig.: *Produzione di merci a mezzo di merci*, Turín, 1960; ed. cast.: *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, 1960.

persiste un serio debate sobre la teoría del valor, hay un silencio total en cuanto a la importancia de la «controversia sobre el capital» que siguió a la publicación del libro de Sraffa en 1960.

Una ilustración perfecta de este problema se manifestó en 2008. Los bancos tenían en sus libros contables enormes existencias de títulos de propiedad de casas embargadas y debían encontrar alguna forma de valorarlos –lo que proporcionaría la garantía necesaria para obtener uno u otro rescate público–, dada la ausencia de un mercado para los mismos. Los bancos recurrieron a una mezcla de magia, conjeturas y opiniones de «expertos»¹⁶. Cuando el «Comité para Salvar al Mundo» (léase: Comité para salvar a los bancos), constituido por el secretario del Tesoro Paulson, el presidente de la Fed Bernanke y Geithner, miembro de la Fed de Nueva York, optó por no creer en las valoraciones disponibles en las cuentas de Lehman Brothers y rechazó el crédito requerido, el mundo se hundió en una enorme crisis financiera y comercial. Es en tales momentos cuando muchos comentaristas empiezan a preguntarse si Marx, el gran estudioso de las tendencias hacia el desequilibrio y la generación de crisis bajo el capitalismo, podría tener algo inteligente que decir al respecto.

La macroeconomía burguesa se basa en el equilibrio en cuanto a su modo de pensar y puede funcionar aceptablemente mientras el sistema económico parece estar operando en una situación cercana al crecimiento equilibrado. La teoría burguesa sabe cómo jugar con los detalles y corregir las distorsiones menores, por ejemplo, diseñando políticas para hacer frente a la supuesta interrelación existente entre desempleo e inflación descrita por la curva de Phillips¹⁷. Pero cuando el desequilibrio pasa de oscilaciones menores a divergencias y crisis acumulativas y masivas, como sucedió en 2008, el aparato conceptual burgués resulta inútil. Frente a tales dificultades, observó Marx, los economistas solo pueden decir que «si la economía funcionara de acuerdo con lo decretado en sus libros de texto, las crisis nunca ocurrirían»¹⁸. La explicación

¹⁶ Aaron Glantz, *Homewreckers: How a Gang of Wall Street Kingpins, Hedge Fund Magnates, Crooked Banks, and Vulture Capitalists Suckered Millions Out of Their Homes and Demolished the American Dream*, Nueva York, 2019.

¹⁷ Robert Gordon, «The History of the Phillips Curve: Consensus and Bifurcation», *Economica*, vol. 78, núm. 309, enero de 2011, pp. 10-50.

¹⁸ K. Marx, *Theories of Surplus Value*, Nueva York, 1969, p. 500; ed. orig.: *Theorien über den Mehrwert*, Band 2, cap. XVII, 8, pp. 500-501, *Marx-Engels Werke*, Band 26.2, Berlín, 1967; ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, Ciudad de México, 1980.

preferida de Keynes apuntaba a la obstinada psicología de las expectativas en tiempos de incertidumbre, cuando la inversión se demora, la producción se frena, los salarios y el empleo se estancan, la demanda efectiva desciende y los beneficios caen, lo que genera nuevos desmoronamientos de las expectativas¹⁹. El resultado es una espiral descendente autorreforzada de la actividad económica, que sólo pueden corregir la intervención estatal y la financiación del déficit (llama la atención que en los últimos años se haya concedido el Premio Nobel de la llamada economía a psicólogos más que a economistas). Tanto Keynes como Ricardo se basan en mecanismos extraeconómicos para explicar las crisis y recesiones que exceden las del ciclo económico «normal».

Paradójicamente, los únicos que se tomaron en serio los hallazgos de Sraffa fueron algunos economistas marxistas. La obra cardinal de Ian Steedman *Marx After Sraffa* (New Left Books, 1977) mostró que la versión entonces dominante de la teoría del valor de Marx, que la entendía como fundamento de una teoría de los precios relativos, no podía sostenerse frente a la crítica meticulosa y la demostración matemática formal de Sraffa. Toda la historia de la economía marxista, desde Bortkiewicz a finales del siglo XIX hasta Paul Sweezy a mediados del XX, se basaba en un error. La economía política de Marx y su peculiar teoría del valor tenían que ser abandonadas, argumentaba Steedman, dejando intacta la crítica moral de Marx de los males del capital y sus brutales explotaciones, pero indagando de forma intransigente una base ontológica alternativa²⁰. En los *Grundrisse* Marx negó tajantemente, sin embargo, que la teoría del valor tuviera algo que ver con los precios relativos y no le habría sorprendido la descripción de Sraffa del fundamento tautológico del razonamiento económico burgués.

Cuando modelamos un sistema económico como una totalidad autónoma –como hizo de hecho Sraffa y como tratan de hacer todos los economistas teóricos–, en el centro de esa totalidad hallamos un conjunto de relaciones que es necesariamente tautológico. La descripción de

¹⁹ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Nueva York, 1936; ed. cast.: *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Madrid, 1998.

²⁰ Esta crítica encontró el apoyo de filósofos analíticos marxistas como G. A. Cohen y Jon Elster, quienes negaban la validez de la supuesta adhesión de Marx a lo que ellos sostenían que era un método dialéctico totalmente incoherente e ilógico; en su opinión, teníamos que aprender a leer a Marx con las herramientas de la filosofía analítica y el positivismo. Véanse G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defence*, Princeton (NJ), 1978, y Jon Elster, *Making Sense of Marx*, Londres, 1985.

Sraffa del razonamiento económico circular aparece de hecho prefigurada en la «Introducción» de Marx a los *Grundrisse*: «En consecuencia, la producción es inmediatamente consumo y el consumo es inmediatamente producción [...]. Sin producción no hay consumo, pero sin consumo tampoco hay producción, ya que en ese caso la producción no tendría objeto. No sólo la producción es un medio de consumo y el consumo el objetivo de la producción [...], sino que también, cada uno de ellos, aparte de ser inmediatamente el otro, y además de mediar al otro, además de esto crea al otro completándose a sí mismo, y se crea a sí mismo como el otro». Por lo tanto, «sin producción no hay consumo; sin consumo, no hay producción». Marx considera las relaciones entre producción y distribución de la misma manera tautológica, pero no elude el problema ni pretende que no exista. Por el contrario, lo asume y busca una manera de entender esas relaciones como diferentes «momentos» específicos de un proceso unitario, lo cual le permite explorar las «unidades contradictorias» existentes entre los diferentes momentos presentes en el seno de la economía considerada en su conjunto. «La conclusión a la que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que todos ellos son miembros de una totalidad, distinciones dentro de una unidad»²¹.

Esta perspectiva ayuda a aclarar la dinámica real de la acumulación de capital. Cuando China afrontó el colapso de su mercado de exportación de bienes de consumo a Estados Unidos en 2008, inmediatamente experimentó la contracción radical en el ámbito de la producción con impactos devastadores sobre el consumo de materias primas, así como la disminución del consumo final de los trabajadores chinos repentinamente desempleados. La República Popular China salvó su propia economía, así como al capitalismo global, mediante el lanzamiento de un vasto programa de consumo productivo (inicialmente no final) vinculado a la urbanización y a la realización de enormes inversiones en el entorno construido, lo que inmediatamente produjo su «otro» en forma de una expansión masiva de consumo final. Pero al construir más de 30.000 kilómetros de vías férreas de alta velocidad en diez años tuvo que crear el correspondiente consumo de viajes por ferrocarril o, de lo contrario, toda esa producción habría sido en vano. La mayoría de los trenes viajan ahora repletos. China ha producido el nuevo

²¹ K. Marx, *Grundrisse*, cit., pp. 88-93, 99; *Elementos fundamentales de la crítica de la economía política*, cit., vol. 1, pp. 11-13, 20; ed. orig.: *Marx-Engels Werke*, cit., Band 42, pp. 27-29, 34: «Das Resultat, wozu wir gelangen, ist nicht, daß Produktion, Distribution, Austausch, Konsumtion identisch sind, sondern daß sie. alle Glieder einer Totalität bilden, Unterschiede innerhalb einer Einheit».

consumo como el «otro» de la producción necesaria para contrarrestar el colapso de su «otro»: la demanda de consumo en Estados Unidos. Esta es, por supuesto, una reconstrucción muy simplificada, pero ilustra cómo operan realmente las relaciones dialécticas entre producción y consumo (realización) en el seno de una totalidad²². De la misma manera, la distribución, el intercambio y la competencia son fundamentales para un análisis completo, no solo de lo que sucedió, sino de qué hacer en condiciones de crisis. Puede ser de importancia en la situación actual que la senda seguida por China durante la pandemia hacia la reanudación del crecimiento pueda estar sosteniendo un resurgimiento capitalista, pero esta vez bajo modos de gestión claramente chinos.

Desde esta perspectiva, son Steedman y Cohen los que están equivocados. Para Marx, la inestabilidad económica y las crisis son producidas principalmente por las contradicciones siempre presentes entre los diferentes «momentos» presentes en el seno del sistema económico. Los choques externos pueden ocurrir y ocurren, por supuesto. Erupciones volcánicas, tsunamis, sequías y virus patógenos pueden no ser del todo externos, ya que las intervenciones humanas a menudo preparan el escenario para la producción de eventos disruptivos. Pero son los bloqueos internos verificados en cualquier punto del circuito de circulación del capital representado en la figura 1 los que generan directamente crisis de acumulación, las cuales en ocasiones propician grandes devaluaciones de capital como las experimentadas durante la década de 1930, así como en 2008 y 2020. Existen muchas barreras internas potenciales para la acumulación continua y sin trabas. Los capitalistas provistos de capital-dinero pueden no encontrar suficientes mercancías en el mercado—debido a la escasez de mano de obra o a los precios exorbitantes de las materias primas y la energía— para organizar la producción. Pueden verificarse interrupciones en el punto de producción: una huelga de trabajadores o cortes de energía con la que mover la maquinaria. Las condiciones del mercado pueden inhibir la realización del valor ante la ausencia de demanda monetaria efectiva (pretensiones, necesidades, deseos). Si el valor no puede monetizarse mediante una venta en el mercado, entonces deja de ser valor.

También pueden surgir problemas en el campo de la distribución. Los bancos pueden optar por financiar a propietarios inmobiliarios y

²² Sobre mis opiniones con respecto a China, véase *Abstract from the Concrete*, Harvard University Graduate School of Design, 2016.

especuladores, o bien prestar al Estado para financiar guerras, ignorando las necesidades del capital industrial. Sobre todo, la dinámica de los cambios tecnológicos generados endógenamente puede producir grandes perturbaciones en la acumulación de capital, o graves disrupciones en la circulación. Hay varios puntos en los que la circulación del capital puede encontrar limitaciones en su capacidad de acelerar o profundizar los procesos de acumulación. Las relaciones metabólicas existentes con la naturaleza, con las condiciones de reproducción social, con la provisión de infraestructuras adecuadas –tanto físicas (redes de transporte, formas urbanas) como sociales (educación, prácticas demográficas)– o con presupuestos culturales aparentemente insuperables (con respecto a la movilidad de la mano de obra, por ejemplo) indican otras tantas barreras potenciales que el capital debe negociar o superar si quiere sobrevivir.

La analogía del ciclo hídrico

Los economistas convencionales suelen considerar poco científicos los argumentos de Marx. Su método dominante es mecánico y con frecuencia positivista, modelado a partir de la física newtoniana y sus elaboraciones matemáticas. Sin embargo, aunque ese modelo newtoniano-matemático de investigación científica era hegemónico en las ciencias naturales, siempre ha habido una fuerte corriente subterránea de pensamiento evolutivo alternativo basado en procesos, representada, por ejemplo, por Darwin, a quien Marx admiraba tanto por su método como por sus descubrimientos. Es en esa tradición científica en la que mejor se puede ubicar a Marx. Su método concuerda con el articulado por Alfred North Whitehead en *The Concept of Nature* o en *Process and Reality*. Leyendo la exposición de David Bohm de la teoría cuántica, la de Carlo Rovelli sobre la física del tiempo, o la de Levins y Lewontin en *The Dialectical Biologist*, reconocemos paralelismos y analogías con el modo de pensamiento científico de Marx. Gran parte del trabajo realizado en las neurociencias contemporáneas va más allá de simples dicotomías, como la de cerebro y mente, hacia formulaciones más dialécticas. Encontramos también ecos de la concepción ecosistémica de la totalidad de Marx elaborada en los *Grundrisse* en buena parte del pensamiento ecológico y biológico contemporáneo²³.

²³ Revisé algunas de esas conexiones en *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Oxford, 1996; ed. cast.: *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018. Véase también Carlo Rovelli, *The Order of Time*, Londres, 2018.

Existen, por ejemplo, notables analogías entre el análisis de Marx de la circulación del capital y la bien establecida representación científica del ciclo hídrico de la Tierra como un proceso continuo²⁴. La aparente singularidad del método de Marx se disuelve a la luz de la ampliamente aceptada representación científica de la circulación del agua. Resulta, por ejemplo, que la pregunta «qué es el agua» es tan difícil de responder definitivamente como la pregunta «qué es el valor». En el ciclo del agua, esta cobra diferentes formas materiales –líquida, gaseosa, invisible, visible–, vinculadas a través de una variedad de metamorfosis, del mismo modo que el capital circula a través de sus diferentes formas: dinero, producción, mercancía. Excesos periódicos en el ciclo hidrológico en forma de inundaciones y huracanes, así como su habitual turbulencia, reflejan las inestabilidades de nuestro sistema económico. Esa analogía es tan instructiva como notable. En el caso del agua, podemos describir los impactos y choques del sistema circulatorio causados por iniciativas e intervenciones humanas: construcción de diques, desvío del agua para el riego o el consumo humano, agotamiento de los acuíferos, disminución de las masas de nieve a causa del cambio climático, reconfiguración radical de la evapotranspiración a raíz del uso del suelo, contaminación del agua debida a la minería, la agricultura y la eliminación de residuos, y disminución de la calidad de los suministros de agua debida a la contaminación atmosférica.

La circulación del agua sigue múltiples sendas, que presentan diferentes tiempos de rotación, pasando por todo tipo de desvíos y atajos; lo mismo puede decirse de la circulación del capital. La figura 1 visualiza un modo capitalista de producción que opera en estado puro y simplificado, como un ciclo, no una espiral. Pero también debemos tener en cuenta las desviaciones, las interrupciones, las contaminaciones y las contracorrientes que surgen a medida que expandimos el análisis de cómo circula el capital. Del mismo modo que la evapotranspiración cortocircuita el flujo de agua para devolverla a la atmósfera sin pasar por los océanos, los financieros pueden cortocircuitar la estructura $D-M-D + \Delta d$ del intercambio de mercancías optando por una estructura $D-D + \Delta d$ de flujos financieros puros. Los capitalistas financieros pueden prestar a los comerciantes que a su vez prestan a los productores o a los propietarios inmobiliarios para que adquieran bienes raíces que luego se utilizan como garantía para obtener más endeudamiento. Los acuerdos crediticios son cruciales para

²⁴ Analicé más detalladamente esa relación en D. Harvey, *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*, cit., pp. 1-7.

los trabajadores en tanto que consumidores, cuando se trata de comprar artículos de gran valor como bienes de consumo duraderos, automóviles y casas; el mercado hipotecario constituye una gran parte de la creciente masa de los valores de los activos. Características minúsculas de la circulación del capital en la época de Marx se han convertido en aspectos colosales y cada vez más monstruosos de la acumulación contemporánea. Ahora el capital circula y el valor es objeto de apropiación sin estar necesariamente involucrado en la producción.

El siguiente paso, por lo tanto, es dotar de toda la riqueza empírica posible al desarrollo real de estas relaciones tanto histórica como geográficamente. Al hacerlo, nos encontraremos en la tesitura de estudiar de un modo cada vez más exhaustivo las intersecciones verificables entre la circulación y la acumulación de capital, por un lado, y los restantes procesos relevantes de circulación, incluidos el del ciclo del agua o el de las emisiones de gases de efecto invernadero, por otro. La creciente dificultad para asegurar un adecuado suministro global de agua se cruza con los problemas planteados por los impactos derivados de la acumulación sin fin. A medida que la totalidad del capital se configura como sistema, tanto en la teoría como en la realidad, debemos explorar la totalidad de las consecuencias de nuestra adhesión al modelo económico actual. A continuación debemos plantearnos la cuestión de las alternativas viables, pero ello exige un marco teórico enteramente nuevo.

Si la rebelión de masas a escala mundial es una señal de que el modelo económico dominante no funciona para la mayoría de la humanidad, y si la forma espiral de crecimiento está destruyendo el planeta, existe la necesidad urgente de hallar alternativas posibles y de trazar sendas viables para su construcción. La esperanza burguesa de que jugar con los detalles resolverá los problemas se va desvaneciendo. La teoría del valor del capital debe ser reemplazada por una estructura teórica que se centre en configuraciones factibles del valor de uso capaces de sostener una vida humana adecuada en todas partes. El afán de lucro, que está en la raíz del crecimiento exponencial, debe rechazarse en todo momento. La continuidad en el flujo de la vida humana es mucho más importante que la continuidad en el flujo interminable de acumulación de capital. Este, que durante los últimos doscientos años ha servido como el medio principal para satisfacer los deseos y necesidades de las clases privilegiadas y que ha arrojado suficientes migajas caídas desde su mesa para aplacar a las masas, ha sufrido una inversión dialéctica. El crecimiento y

la acumulación de capital, ambos interminables y exponenciales, constituyen en el momento presente el peligro preeminente para la continuación de todas las formas de vida humana. Ese es el problema de *longue durée* que el coronavirus ha expuesto tan claramente, el cual debemos afrontar en un mundo en el que la creciente necesidad de aceleración del capital dicta un cortoplacismo creciente en los juicios políticos.